

KAREN ROBARDS es autora de más de cuarenta novelas, varias de las cuales han figurado entre los libros más vendidos de Estados Unidos. Entre otras muchas, destacan *El ojo del tigre*, *Corazón negro*, *Susurros a medianoche*, *Deseo bajo el sol*, *Confiar en un extraño*, *Desaparecida* y *Perseguida*. Muy popular entre las lectoras asiduas al subgénero histórico, ha hecho incursión, con igual éxito, en el género del suspense romántico contemporáneo. Ha recibido varias distinciones, entre ellas un Romantic Times Career Achievement Award y seis premios Silver Pen otorgado por la revista *Affaire de Coeur*.

www.karenrobards.com







Título original: *Superstition*
Traducción: Laura Paredes
1.ª edición: junio, 2017

© Karen Robards, 2005
© Ediciones B, S. A., 2017
para el sello B de Bolsillo
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Printed in Spain
ISBN: 978-84-9070-384-7
DL B 8119-2017

Impreso por NOVOPRINT
Energía, 53
08740 Sant Andreu de la Barca - Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Superstición

KAREN ROBARDS





*Este libro es para Jack,
que siempre es tan bueno,
con muchísimo amor*



Agradecimientos

Muchas gracias a todas las personas que han hecho posible este libro: a Peter Robards, por su incansable apoyo técnico, sin el cual, francamente, no habría sabido qué hacer más a menudo de lo que me gustaría admitir; a Christopher Robards, por sus valiosísimas críticas de mi argumento y/o sentido del humor; a Jack Robards, por ver siempre el aspecto positivo de las cosas; a Doug Robards, que guarda el castillo mientras yo estoy absorta escribiendo; a Peggy Kennady, por su ayuda documental y por estar siempre ahí; a Robert Gottlieb, extraordinario agente; a Christine Pepe, que es una editora absolutamente maravillosa; a Lily Chin, por estar pendiente de todo; a Stephanie Sorensen, por hacer un trabajo publicitario tan bueno; a Dan Harvey, que me dedicó tanto tiempo cuando estuve en Nueva York; a Sharon Gamboa y a Paul Deykerhoff, por trabajar tanto para vender mis libros; a Leslie Gelbman, Kara Welsh, Claire Zion y a todo el grupo Berkley, y, por supuesto, a Carole Baron, con mi gratitud y mi reconocimiento por su apoyo y su amabilidad.



—¡Aléjese de mí! ¡Oh, Dios mío! ¡Auxilio! —gritó Tara Mitchell mientras corría por la casa mirando hacia atrás con los ojos desorbitados para intentar distinguir la figura borrosa del hombre que la perseguía.

Era delgada. Bronceada. Rubia. Tenía diecisiete años. Llevaba vaqueros, camiseta y tenía el cabello liso y largo. Dicho de otro modo, tenía el aspecto típico de una adolescente estadounidense. Si no hubiera sido por el terror que le contraía el rostro, habría sido más atractiva que la mayoría de las chicas de su edad. Incluso hermosa.

—¡Lauren! ¡Becky! ¿Dónde estáis?

Su llamada contenía una nota aguda de pánico. Resonó por las paredes y se mantuvo temblorosa en el aire. No hubo respuesta, excepto un gruñido de su perseguidor. Se estaba acercando, acortando la distancia que los separaba mientras Tara cruzaba el salón para huir de él y del cuchillo que llevaba en la mano y que reflejaba de modo inquietante la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas transparentes que cubrían las puertas de cristal del extremo opuesto de la habitación. Tara llegó a las puertas y tiró del picaporte frenéticamente. No pasó nada. Estaban cerradas con llave.

—¡Auxilio! —Dirigió una mirada desesperada hacia atrás mientras agarraba el cerrojo con tanto ímpetu que

se oyó cómo arañaba con las uñas la madera que lo rodeaba—. ¡Que alguien me ayude!

Las puertas no se movieron. Tara desistió y se giró. Tenía la cara lívida. Una mancha oscura, acaso de sangre, se le extendía por la manga de la camiseta clara como una flor abriéndose despacio. Pegó la espalda a las puertas y fijó unos ojos aterrorizados en su perseguidor. Éste ya no corría. Una vez que había acorralado a su presa, se acercaba despacio y sin titubear. El jadeo de la muchacha se intensificó al darse cuenta de que se había quedado sin opciones. Aparte de las puertas cerradas a su espalda, la única salida de esa habitación era por las puertas correderas que daban al vestíbulo, las puertas por las que acababa de entrar corriendo hacía unos instantes. Estaban abiertas de par en par, con lo que dejaban entrar la luz suficiente de alguna parte lejana de la casa, una luz que le permitía distinguir el contorno de las cosas y la figura de su perseguidor.

Corpulento y amenazador, estaba entre ella y la puerta. Era evidente que no tenía la menor probabilidad de esquivarlo. Él también lo sabía, y se deleitaba en tenerla atrapada. Le habló entre dientes, sin que sus palabras fueran audibles. Movía el cuchillo despacio hacia arriba y hacia abajo frente a ella, como si no quisiera dejarle ninguna duda sobre lo que le esperaba.

Durante un par de segundos, el miedo de Tara casi fue tangible. Y, por fin, explotó. Corrió gritando hacia la puerta, intentando rodear al hombre. Pero él era demasiado rápido. Saltó hacia ella, le obstruyó la salida y la agarró. Le sujetó el brazo con una mano y tiró de ella atrayéndola. Tara chilló de nuevo, presa del terror y la desesperación.

El cuchillo se elevó, descendió...

Al verlo desde el sofá, donde estaba sentado muy erguido desde que algo, podía ser cualquier cosa, lo había

despertado de lo que debía de ser su tercera cabezadita involuntaria del día, Joe Franconi sintió un sudor frío en el cuerpo.

—Como ya te he dicho, estás perdiendo los papeles, muchacho —observó irónicamente Brian Sawyer desde detrás de él. Brian tenía treinta y cinco años, medía metro ochenta de altura, era rubio y bien parecido. Y estaba muerto. Así que Joe pasó por alto su comentario para escuchar a la reportera de la televisión, que aparecía entonces sola en pantalla. La violencia ya no le iba, ni siquiera la televisada. Los crímenes auténticos podían estar de moda en televisión, pero para alguien como él, que había visto más de los que habría deseado en la vida real, no se incluían en la categoría de entretenimiento. Ni siquiera se le acercaban.

¿Por qué seguía mirando entonces?

Buena pregunta.

¿Por la reportera? Debía de tener alrededor de veinticinco años y era delgada, pelirroja con unos enormes ojos castaños; una mujer atractiva que hablaba con gran naturalidad. Pómulos altos. Piel de porcelana. Labios rojos, carnosos. De acuerdo, estaba buena. En su vida anterior, sin embargo, no había sentido nunca el menor interés por un busto parlante, por muy atractivo que fuera, y tras reflexionar sobre el asunto, se alegró de comprobar que su indiferencia hacia quienes aparecían en los medios de comunicación permanecía intacta.

No era la reportera. Pero había algo. Algo...

Para tratar de averiguar qué era ese algo, Joe frunció el ceño y se concentró en lo que la periodista estaba diciendo.

—Este mes se cumplen quince años desde que Tara Mitchell, de diecisiete años, fue brutalmente asesinada en esta casa —narraba la mujer.



Un plano de una mansión blanca anterior a la guerra de Secesión, otrora majestuosa y ahora deteriorada y descuidada, llenó la pantalla. De tres pisos, el edificio tenía porches dobles y columnas estriadas, y estaba rodeado de unas enormes encinas de Virginia con las ramas cubiertas de líquen y las hojas con el renovado color verde de la primavera. Como estábamos a principios de mayo, la toma era reciente. O quizá la hubieran tomado otra primavera. Fuera como fuese, la casa tenía algo que lo inquietaba. Entrecerró los ojos para intentar averiguar qué era. Las sombras que habían pasado a formar una parte ineludible de su vida seguían apareciendo y desapareciendo de los límites de su visión periférica, lo que no le facilitaba nada la concentración. Las ignoró. Eso se le estaba empezando a dar muy bien, lo mismo que ignorar a Brian.

La pelirroja de la televisión seguía hablando:

—Rebecca Iverson y Lauren Schultz desaparecieron. No se ha encontrado nunca ningún rastro de ellas. Lo que acaban de ver es una reconstrucción de lo que las autoridades creen que pudo ocurrir los últimos minutos de vida de Tara, según las pruebas encontradas en la casa. Esa noche, los padres de Lauren habían llevado a las chicas a cenar para celebrar el decimoséptimo cumpleaños de su hija, que sería al día siguiente. Becky, que tenía dieciséis años, y Tara tenían previsto dormir en casa de Lauren. Los padres de Lauren las dejaron en la casa hacia las diez y cuarto y fueron a ver a la abuela de ésta, que vivía a menos de un kilómetro de distancia. Cuando volvieron, faltaban veinte minutos para las doce. Andrea Schultz, la madre de Lauren, nos describe con qué se encontraron.

Otra mujer, de tal vez entre cincuenta y sesenta años, rubia, con los cabellos cortos, unos apagados ojos azules y una cara muy marcada por el tiempo o por el dolor, o



por una combinación de ambas cosas, apareció en pantalla. Estaba sentada en un sofá color dorado, en lo que parecía ser un salón elegante. Un hombre de más o menos su misma edad estaba sentado a su lado. Tenía los cabellos grises, era un poco panzudo y lucía el aspecto de un ciudadano responsable. Le tomaba la mano.

La señora Schultz habló directamente a la cámara.

—Al subir por el camino de entrada, observamos que la única luz de la casa era la del cuarto de baño de la planta baja, pero eso no nos pareció extraño. Pensamos que las chicas se habrían acostado mucho antes de lo que habíamos esperado. Entramos por la puerta de la cocina. Mike, mi marido, dejó los donuts y la leche que habíamos ido a buscar para que desayunaran, y yo fui al vestíbulo principal. Cuando encendí la luz —le tembló la voz—, vi sangre en el suelo. No mucha. Unas cuantas gotas de unos dos centímetros y medio de diámetro, un reguero que se dirigía hacia el salón. Lo primero que pensé fue que una de las chicas se habría cortado. Empecé a llamar a Lauren y entré en el salón y di la luz. Tara estaba ahí, en el sofá. Estaba m... Muerta.

La señora Schultz se trabó con la última palabra y se detuvo con los ojos llenos de lágrimas; había perdido la compostura. El hombre, Joe supuso que era su marido, la rodeó con un brazo. Y entonces desaparecieron, y la reportera volvió a aparecer en pantalla, mirándolo con frialdad mientras proseguía:

—Esa noche, Tara fue apuñalada veintisiete veces, con tanta violencia que el cuchillo le traspasó el cuerpo hasta penetrar en el sofá por lo menos en doce sitios. Tenía los cabellos cortados hasta apenas unos milímetros de la cabeza. Y su rostro había quedado tan desfigurado que era casi irreconocible.

—¡Mierda! —exclamó Joe, paralizado de repente.



Acababa de averiguar lo que lo había estado inquietando. Esa mañana había visto una foto de la casa del asesinato, que estaba en el expediente que había estado leyendo. El expediente de este caso. Los detalles eran imposibles de olvidar.

—Pensé que querrías verlo —dijo Brian, petulante—. Te lo habrías perdido si no te hubiera despertado dejándote caer el mando a distancia en el regazo. No hace falta que me des las gracias.

Joe no pudo evitarlo. Bajó los ojos y, sí, ahí estaba el mando, apoyado entre las perneras de los tejanos, donde habría aterrizado si le hubiera caído en el regazo al despertarse de golpe. ¿O estaba ya en su regazo cuando se había dormido? Demonios, no conseguía acordarse.

—¡Dave! —gritó a la vez que intentaba concentrarse en la pantalla. Si seguía pensando que su salud mental se desmadraría, si es que no lo estaba ya—. ¡Ven aquí! ¡Rápido!

El programa hizo una pausa para publicidad.

—Caray, Joe. No chilles tanto. Vas a despertar al niño —dijo Dave O'Neil al aparecer en la puerta que separaba la cocina del salón, y su lento acento sureño suprimió eficazmente de las palabras cualquier urgencia que pudieran haber querido comunicar. Había asistido al servicio que su iglesia, como casi todas las del lugar, oficiaba todos los domingos a las cinco de la tarde, pero hacía rato que se había quitado la chaqueta y la corbata. Llevaba la camisa blanca arremangada por encima de los codos con un delantal a cuadros azules atado sobre los pantalones grises, y sujetaba un tenedor para asado en la mano. De treinta y dos años, metro setenta y dos y barrigón, llevaba los largos cabellos oscuros, cada vez más escasos, peinados hacia atrás en un intento bastante inútil de taparse el cuero cabelludo. El sudor le perlaba la





frente, y tenía coloradas las mejillas regordetas y la punta de la nariz chata, lo que llevó a Joe a pensar que acababa de comprobar los progresos del pollo asado que iba a servir de cena en algún momento de la noche.

En un desafortunado triunfo de las hormonas sobre el sentido común, Dave estaba encaprichado de una divorciada ególatra a la que hacía poco había permitido irse a vivir a su casa con él... La casa en la que estaban Joe y él en ese momento. La divorciada se había traído consigo a sus tres mimados hijos, dos de los cuales todavía no habían vuelto, gracias a Dios, de pasar el fin de semana con su padre. El tercero, muy pequeño, se había dormido poco después de que Joe hubiera llegado a las siete, como habían quedado, para la cena de los domingos, que seguía cocinándose aunque ya eran poco más de las ocho y cuarto. Hacía veinte minutos largos que Amy Martinez, novia de Dave y madre de los niños, había ido a la tienda de la esquina a comprar algunos ingredientes que faltaban y había dejado a Dave guardando el castillo. No era que Dave tuviera ningún problema con ese papel. De hecho, desde que Joe lo conocía, Dave nunca había tenido ningún problema con nada, que él supiera. Cuando cinco meses antes habían contratado a Joe como jefe de policía de la reducida Pawleys Island, en Carolina del Sur, Dave ya era subjefe del departamento, formado por doce hombres. La primera impresión que tuvo Joe de él había sido que se trataba de un hombre torpe, de movimientos lentos, de conversación lenta y de ideas más lentas aún, pero lo había mantenido en el cargo, como a todos, lo mismo que se había resistido a hacer cambios que no fueran insignificantes en la forma en que se habían hecho siempre las cosas, tanto si le parecían enojosas como si no. Lo cierto era que necesitaba demasiado el empleo como para arriesgarse a levantar ampollas las primeras semanas,



y ahora encontraba la cultura sureña de su departamento, en realidad de toda la isla, más relajante que irritante. Y había llegado a sentir auténtico afecto por Dave, que había hecho todo lo posible para lograr que su nuevo jefe se sintiera como en casa en lo que, para el policía antívicio de Jersey que Joe había sido antes, era un entorno tan desconocido como el planeta Marte.

—Me había olvidado del niño. —Al recordar las gracias del pequeño de dos años antes de irse a dormir, Joe sintió remordimiento. Señaló el televisor sin levantar la voz y añadió—: Escucha esto.

Volvía a aparecer la pelirroja. Estaba delante de la casa donde se había cometido el crimen y que se llamaba Old Taylor Place, si no le fallaba la memoria. El caso que estaba esbozando era el único homicidio sin resolver del que se tuviera constancia en la isla, y le había llamado la atención por esa razón: el expediente era el único de esa sección. Joe captaba ahora signos de que la reportera estaba actuando en su actual territorio: las adelfas rosas y blancas que rodeaban el ancho porche delantero, el macizo alto de hierba a la izquierda de la mujer, los rayos brillantes y cálidos del sol y, por debajo de todo, el tenue gorgoteo del océano que había aprendido a reconocer como el incesante ruido de fondo de la vida de Pawleys Island.

—La policía investigó el crimen —decía—, pero no se resolvió nunca. Con los años, las pruebas se han perdido o se han deteriorado, el recuerdo de los testigos se ha difuminado y los inspectores que llevaron el caso pasaron hace mucho a dedicarse a asuntos más urgentes y prioritarios. Pero las familias de las chicas no lo han olvidado. Sus amigos y vecinos tampoco lo han olvidado. Siguen esperando que se haga justicia. Y algunos dicen que las chicas también esperan justicia. Dicen que sus espíritus



siguen aquí, en el sitio donde fueron vistas vivas por última vez: esta otrora espléndida mansión sureña en el corazón de Pawleys Island.

Un plano panorámico de la isla rodado desde el aire llenó la pantalla. Todo estaba ahí, los ingredientes que convertían Pawleys Island en un paraíso ideal: el color zafiro del océano, el blanco de las playas, los vuelos en picado de las gaviotas y las garcetas en un cielo totalmente despejado, el verde oscuro de la vegetación casi tropical, el pastel de los pequeños *bungalows* apiñados cerca del centro de la isla como azúcar espolvoreado en una tarta y las «casitas» de veraneo de varias plantas, más imponentes, anteriores al aire acondicionado y en muchos casos a la guerra de Secesión, pegadas a la orilla a lo largo de todo su perímetro. La mejor forma de describirlo era, como Joe había decidido poco después de haberse instalado allí, afirmar que era un sitio olvidado por el tiempo.

Como prueba de lo que el estilo de vida de la isla le hacía a una persona, cada vez tenía que recordarse con menos frecuencia que no era nada malo.

La pelirroja seguía hablando.

—La familia Schultz vendió la finca dos años después del asesinato de Tara y de la desaparición de Lauren y Becky. Desde entonces, se han instalado en ella cuatro familias, que se han ido. Ninguna se ha quedado más de seis meses. La casa ha estado a la venta los últimos tres años. Hasta ahora, nadie se ha interesado. ¿Por qué? Porque los lugareños aseguran que la casa está habitada por el fantasma de Tara Mitchell y, aunque no se han encontrado nunca sus cadáveres y sus familias siguen aferradas a la remota esperanza de que siguen con vida y de que quizás algún día vuelvan a casa, también por los fantasmas de Lauren Schultz y Rebecca Iverson.

Se vio el plano de una reluciente cocina blanca. Un



hombre y una mujer cuarentones y un par de adolescentes estaban sentados alrededor de la mesa situada en el centro de la habitación y miraban muy serios a los telespectadores.

La pelirroja estaba de pie junto a la mesa, hablando a la cámara.

—Estoy aquí, con Paul y Susan Cook y sus hijos, Ben, de doce años, y Elizabeth, de catorce. Los Cook compraron la casa hace cuatro años y fueron la última familia que vivió en ella. —Se volvió hacia ellos—. Sólo permanecieron en la casa seis semanas, ¿verdad? ¿Podrían decirnos por qué se fueron?

—Fue Elizabeth —respondió Paul Cook.

La cámara hizo un zoom sobre la chica. Era menuda, linda más que hermosa, con el cabello oscuro, la nariz pecosa y un aparato de ortodoncia. Llevaba el cabello recogido en una cola, y vestía una blusa blanca.

—Una noche entraron en mi cuarto —dijo Elizabeth en voz baja—. Ahora sé que eran ellas, esas tres chicas. Entonces, cuando pasó, no tenía idea de lo que ocurría. Estaba dormida y, de repente, me desperté y la habitación estaba fría como el hielo, y supe que no estaba sola. Al principio, fue como si las oyera, como unos pasos, como si caminaran. Y... y a veces se abría y cerraba la puerta del armario, a pesar de que me había asegurado de que estaba cerrado cuando me acosté. Un par de veces las oí reírse. Hubo un momento en que tuve la impresión de que se sentaban en el borde de la cama. Sentí que el colchón se hundía y una especie de movimiento como si algo se apoyara en él. Era una presencia. —Elizabeth se estremeció—. Le insistía a mamá, pero ella decía que eran pesadillas y que debería cerrar los ojos y volver a dormirme. Y entonces... Entonces, las vi. A las tres. Fue en mitad de la noche. Las oí y abrí los ojos, y estaban de pie al-

rededor de mi cama, mirándome. Esas tres formas de chica, ¿sabe? Sólo que no eran tangibles. Estaban muy pálidas, con una especie de agujero negro donde debería haber estado la cara.

Se detuvo e inspiró hondo, y al alejarse la cámara, pudo verse cómo su madre alargaba un brazo para tomarle la mano desde el otro lado de la mesa.

—Elizabeth tuvo miedo desde la primera noche que pasamos en esa casa —comentó la mujer mayor. Susan Cook era menuda como su hija, atractiva, con los cabellos color castaño oscuro cortos y enmarañados, y los ojos azul claro. Llevaba puesta una blusa también azul—. La situación empeoró tanto que tenía que acostarme junto a ella hasta que se durmiera. Nos trasladamos a Pawleys Island desde Ohio, y cuando compramos la casa, no sabíamos nada sobre lo que había pasado en ella. Después, averiguamos que el dormitorio de Elizabeth había sido antes el de Lauren Schultz. Pero entonces no lo sabía, y cuando Elizabeth empezó a contarme todo eso de que había fantasmas en su cuarto, pensé que serían imaginaciones suyas. La última noche que pasamos en la casa, Elizabeth empezó a gritar hacia las dos de la madrugada. Paul y Ben habían ido a una excursión de los boy scouts, de modo que estábamos ella y yo solas. Me levanté de un salto y corrí hacia su habitación para ver qué diablos estaba ocurriendo. Todavía estaba acostada, pero histérica. Creí que había tenido una pesadilla y me metí en la cama con ella para tranquilizarla. Y, entonces, empezó.

—¿Qué empezó? —preguntó la pelirroja.

—La cama empezó a zarandearse —narró la señora Cook. Todavía tenía la mano entrelazada con la de su hija. Por la blancura de los nudillos de ambas era evidente que se sujetaban con fuerza—. Elizabeth y yo estábamos tumbadas en la cama, y empezó a sacudirse como si hu-

biera un terremoto. Se sacudió con tanta fuerza que el espejo del tocador repiqueteaba contra la pared. Y, a continuación, la cama se elevó unos centímetros del suelo. Levitó.

—Y entonces la oímos chillar —añadió Elizabeth.

—¿A quién? —quiso saber la pelirroja.

—A Tara Mitchell —contestó Elizabeth con un escalofrío—. Sé que era ella. Bueno, ahora lo sé. Sonaba como si la estuvieran apuñalando en ese instante.

—No sabemos que fuera Tara Mitchell —la contradijo su madre, que sacudió la cabeza—. No sabemos quién chilló. No con certeza. Lo único que sabemos seguro es que sonaba como una chica joven, y que era espeluznante. Y... y que parecía proceder de la planta baja de la casa, justo debajo del dormitorio de Elizabeth.

—Donde Tara Mitchell fue asesinada —intervino Elizabeth. Tenía los ojos desorbitados y observaba, pálida, a su madre, que le oprimió la mano.

—Llamamos a la policía —siguió la señora Cook—. Vinieron. Registraron la casa. No encontraron nada. Fueron los primeros que nos contaron lo que había sucedido allí. Dijeron que no éramos las únicas que habíamos tenido esa experiencia. Al parecer, todo el mundo que había vivido en la casa después de los Schultz había visto cosas. Y oído los gritos.

Se detuvo e inspiró hondo.

—Y eso fue todo —prosiguió el señor Cook—. No quisieron quedarse en la casa otra noche, ninguna de las dos. Tuvimos que marcharnos. Ni siquiera quisieron quedarse en la isla, de modo que terminamos en Charleston. Finalmente logramos vender la casa, pero perdimos dinero.

—No me importa —aseguró la señora Cook—. No íbamos a pasar ni una noche más en esa casa. No he es-

tado nunca tan asustada en toda mi vida. Esa casa está embrujada. No se me ocurre ninguna otra explicación.

La pelirroja volvía a estar sola en pantalla.

—Como han oído, los Cook no son los únicos que han presenciado algo inusual en la casa.

El plano se abrió para mostrar que volvía a estar al aire libre, delante de lo que parecía un viejo edificio de madera blanca. Junto a ella, había un adolescente con la cara llena de granos provisto de una gorra y una camiseta verde que ponía PRO CÉSPED.

—Tengo a mi lado a Thomas Bell, que trabaja para el servicio de mantenimiento del césped y es el responsable de cortarlo. —Situó el micrófono que sujetaba delante de la cara del muchacho—. Tom, ¿podrías contarnos lo que te pasó aquí?

El chico tragó saliva mientras la cámara se acercaba para tomarle un primer plano de la cara.

—Bueno, verás, fue el agosto pasado, un jueves. Trabajaba más tarde de lo habitual para poder terminar todos los céspedes porque el viernes quería marcharme pronto. Llegué a la casa hacia las nueve de la noche. Empezaba a oscurecer. Es una finca de un tamaño considerable, de casi una hectárea, con muchos árboles, pero iba deprisa, de modo que sólo tardé unos cuarenta y cinco minutos en terminar. Para cuando acababa, no quedaba demasiada luz pero todavía podía ver algo, y estaba llegando a la parte delantera del garaje con la cortadora de césped cuando oí cómo alguien subía por el camino de entrada y se dirigía hacia donde yo estaba.

La cámara retrocedió para que los telespectadores pudieran ver que las tablas de madera blanca pertenecían a la fachada de un garaje de tres plazas independiente de la casa. Se veía viejo y desvencijado, y las puertas grises, cerradas, parecían estar combadas.

—Al principio no pude ver nada excepto que venía alguien, ¿sabe? La casa estaba vacía; lo ha estado desde que empecé a cortar el césped. Así que pensé que era extraño que alguien subiera por el camino de entrada. —La cámara se movió para mostrar un angosto camino asfaltado que serpenteaba entre un grupo de araucarias frondosas hacia la calle situada delante de la casa—. Entonces vi que era una chica, una adolescente, con los cabellos largos y rubios, que llevaba unos vaqueros y una camiseta ligera. Caminaba hacia mí de forma normal, ¿sabe? Así que apagué el cortacésped para poder oírla si quería decirme algo. Estaba muy cerca cuando lo hice, más o menos ahí, junto a esa araucaria enorme. —Señaló un árbol altísimo a unos nueve metros del garaje—. Le juro que parecía mirarme directamente a mí. Entonces, mientras yo seguía observándola... desapareció. Como si se hubiera esfumado o algo así —dijo. Y tras tragar saliva, concluyó—: Fue muy raro.

—¿Qué hiciste entonces, Tom? —preguntó la pelirroja.

El muchacho esbozó una sonrisita avergonzada y se metió las manos en los bolsillos.

—Solté un alarido, dejé caer el cortacésped al suelo y salí corriendo como un loco. Y no volví. Hasta hoy. Harvey, mi jefe, tuvo que enviar a alguien a recoger mis cosas.

—¿Qué crees que viste, Tom?

—No es que lo crea —aseguró el muchacho—. La gente puede reírse todo lo que quiera (a algunos de mis amigos les parece la cosa más graciosa del mundo), pero lo que vi era un fantasma. Y lo vi con la misma claridad con que la veo a usted ahora.

La pelirroja volvió a aparecer de repente en primer plano. Se dirigió directamente a la cámara.

—Pedimos a Tom que mirara ochenta fotografías de

chicas rubias con los cabellos largos, algunas de las cuales viven ahora cerca de Old Taylor Place, para ver si reconocía a la chica que vio, y lo hizo. —La cámara retrocedió, de modo que Tom Bell volvía a aparecer en pantalla junto a la pelirroja. Seguían delante del garaje, y el muchacho sujetaba lo que parecía ser una foto de 13 x 18 centímetros—. ¿Es ésta la fotografía de la chica que viste, Tom?

—Sí, es ésta —afirmó.

—¿Estás seguro? —insistió.

—Tan seguro como de que estoy aquí hablando con usted.

—Pues de eso no hay ninguna duda —sonrió la reportera.

La cámara hizo un zoom sobre la fotografía. La imagen de una sonriente chica joven y bonita llenó la pantalla. Joe también recordaba esa fotografía del expediente. Sintió una punzada de algo por la adolescente (¿lástima, o tal vez pena?), que no tenía idea, cuando le tomaron esa imagen, que poco tiempo después su vida iba a terminar de una forma horrible y violenta.

—Esta fotografía corresponde a Tara Mitchell —dijo la pelirroja mientras la cámara seguía enfocando la imagen—. Se la tomaron una semana antes de su muerte.

Una puerta se cerró de golpe en la cocina, lo que hizo que tanto Joe como Dave se sobresaltaran y se volvieran.

—Ya estoy aquí —gritó Amy. El ruido de las bolsas de la compra subrayó sus palabras.

—Ahora mismo estoy contigo, cariño —respondió Dave mientras el teléfono empezaba a sonar. Había un supletorio en la mesita del sofá, y Joe hizo una mueca porque el timbre que sonaba a su lado tapó momentáneamente el sonido del televisor.

—¿Puede contestar alguien? —gritó Amy—. Yo estoy ocupada.

—Sí. —Dave alargó la mano hacia el teléfono—. ¿Diga?

Joe intentó no prestar atención a las distracciones y se concentró en el programa. La pelirroja volvía a estar sola en pantalla, de nuevo de pie frente a la casa.

—Esta noche, aquí, en *Investigamos las veinticuatro horas* haremos todo lo posible por aclarar el misterio de lo que les ocurrió a esas tres chicas inocentes —anunció.

—Es para ti, Joe. El alcalde. —Dave le pasó el teléfono.

Joe tragó saliva, exasperado.

—Hola, Vince —dijo.

Vince era Vincent Capra, un ex policía antivicio de Jersey como él, que había encontrado un insólito refugio en aquella lengua sofocante de arena bañada por el sol. Vince se había jubilado siete años atrás, a los cincuenta y cinco años, y se había trasladado con su mujer, Ann, a la casa de alquiler de la isla que había sido su lugar de vacaciones anual. Pero su espíritu inquieto de Jersey se había resistido a aclimatarse. Congénitamente inmune, al parecer, al espíritu del «hazlo mañana, hoy tómatelo con calma» de la isla, Vince había comprado más casitas para alquilarlas, incitando a los residentes (en la medida en que eso era posible) a rechazar una gran cadena hotelera que había intentado implantarse en la isla, había construido un discreto centro turístico y, de algún modo, había terminado siendo elegido alcalde. Cuando, después del desastre que le había destrozado la vida, Joe había necesitado un sitio donde lamerse las heridas, un par de compañeros del departamento se habían puesto en contacto con Vince. Y el resto, como suele decirse, era historia.

—¿Estás viendo la tele? —le gritó Vince en la oreja.

Joe advirtió distraídamente que, a pesar de todo el tiempo transcurrido, no había perdido el acento de Jersey.

—Sí —respondió con los ojos fijos en la pantalla.

—¿El Canal 8? ¿Esa porquería de programa sobre crímenes?

—Sí.

La pelirroja seguía hablando:

—La investigación policial está en un punto muerto. Se han aplicado técnicas forenses modernas a las pocas pruebas que se conservan sin que se hayan conseguido nuevas pistas. Convirtiendo a éste en el más imposible de todos los casos imposibles.

—Somos nosotros —dijo Vince, con un tono que sonaba indignado—. Está hablando de nosotros. Esa casa de ahí es Old Taylor Place.

—Sí, ya lo sé.

—Es increíble, ¡mierda!

—Pero nuestros telespectadores habituales saben que nosotros —seguía contando la mujer—, en *Investigamos las veinticuatro horas*, no nos rendimos nunca. Esta noche llegaremos más lejos que ningún investigador hasta la fecha, más allá del terreno de la ciencia, para obtener la verdad de las propias víctimas. —Inspiró hondo y pareció henchirse ante la importancia de lo que iba a decir a continuación—. Hemos pedido a la famosa médium Leonora James que establezca contacto con el Más Allá para intentar comunicarnos con Tara, Lauren y Becky. Esta noche, a las nueve, en esta cadena, Leonora James dirigirá una sesión de espiritismo, que televisaremos en directo, aquí, en el interior de esta casa donde Tara fue asesinada y donde Lauren y Becky fueron vistas vivas por última vez.

—¿Pueden hacer eso? —quiso saber Vince—. ¿No necesitan un permiso o algo?

—Ni idea —contestó Joe—. Tú eres el alcalde.

—¿Significa eso que tengo que saberlo todo? —Y, a continuación, se dirigió a alguien que evidentemente estaba con él y que Joe supuso que era Ann, y añadió en un tono algo apagado—: Llama a Lonnie Meltzer, por favor. —Meltzer era el abogado de la ciudad—. Pregúntale si necesitan un permiso.

—Es la primera vez que se va a transmitir en directo por televisión una sesión de espiritismo con la intención de contactar con las víctimas de un homicidio para que tengan la oportunidad de contar a los vivos qué pasó y quién lo hizo —prosiguió la pelirroja—. Nuestros telespectadores conocerán las respuestas al mismo tiempo que nosotros. Esta noche, a las nueve, media hora después del final de este programa, les invitamos a acompañarnos mientras Leonora James usa sus dotes paranormales para intentar resolver por fin este crimen horrendo. —La pelirroja esbozó una sonrisita—. Soy Nicole Sullivan, y les espero esta noche, a las nueve, en esta edición tan especial en directo de *Investigamos las veinticuatro horas*.

Empezó un anuncio.

—Mierda —exclamó Vince—. No queremos esta clase de publicidad. ¡Un maldito asesinato triple! ¡Ahora que se acerca la temporada alta! Lo que me gustaría saber es: ¿hablaron con alguien?, ¿sabía alguien algo de esto?

El trasfondo implícito era que si alguien lo sabía, estaba perdido.

—Si va a estar en directo a las nueve —comentó Joe sin hacer caso de la ofensiva de preguntas de Vince cuando sus sinapsis cerebrales, todavía no preparadas para adquirir grandes velocidades, lograron por fin establecer las conexiones adecuadas—, significa que están aquí, en la isla. En este momento.

Eran las ocho y veintisiete minutos.



—Por todos los santos —gimió Vince—. Lo que nos faltaba. Reúnete ahí conmigo en diez minutos.

—Sí.

Joe colgó y se levantó. El mando a distancia, olvidado, chocó en el suelo de madera con un gran ruido. Eso le recordó que tenía otro problema aún mayor y, tras recogerlo, lo dejó junto al teléfono mirando a su alrededor con cautela. Ni rastro de Brian. Eso estaba bien. Era positivo. Captó entonces su reflejo en el espejo que colgaba de la pared situada tras el sofá. Había cumplido ya los treinta y seis, seguía midiendo metro ochenta y siete, y tenía unos abundantes cabellos negros y ondulados, pero estaba delgado, más que nunca, tanto que era todo músculo y huesos, y llevaba unos vaqueros dos tallas más pequeños que antes. Seguía siendo ancho de espaldas, pero era consciente de cómo, bajo la camiseta de algodón suave de los Nets, se le marcaban las clavículas. Sus rasgos eran los mismos de siempre (cejas gruesas y negras sobre unos ojos color avellana; nariz larga y recta; boca normal) e incluso volvía a estar bronceado gracias al sol casi constante que se abatía sobre la isla. Lo bastante bronceado como para que las dos cicatrices de la sien izquierda ya no fueran tan evidentes a primera vista. Pero tenía la cara más enjuta y los pómulos más marcados. Se le veían los ojos más hundidos, ensombrecidos. Parecía una versión mayor, más dura, del Joe que él recordaba.

Parecía embrujado.

«Joder —pensó con una mueca—. Es que estoy embrujado. O algo así.»

—¿De modo que al alcalde no le gusta que salgamos por la tele? —preguntó Dave, lo que supuso una grata distracción.

—Opina que no es bueno para el negocio. Ven, más





vale que vayamos. —Joe se giró y empezó a dirigirse hacia la puerta—. ¿Lo sabía alguien?

—Yo, no —respondió Dave, que lo acompañaba.

—La cena estará servida en cinco minutos —dijo Amy desde la puerta que separaba la cocina del salón.

Captó la situación con una sola mirada y se puso en jarras. Esbelta, rubia oxigenada y sospechosamente bien dotada, con bastantes horas de vuelo a sus espaldas, lucía unos vaqueros cortos con una blusa a cuadros azules atada a la cintura y sandalias blancas de tacón alto. Muy bronceada y razonablemente atractiva, entrecerró sus ojos azules, muy bien resaltados con el maquillaje, para observarlos. Dado que en ese momento se estaban encaminando hacia la puerta principal, que se abría desde el salón, con la intención evidente de evitar pasar por la cocina, donde ella había estado hasta entonces, Joe tampoco podía culparla.

—¿No os iréis, verdad? —preguntó con recelo.

A tres pasos escasos de la puerta, Dave le dirigió una mirada atormentada.

—Trabajo —dijo en un tono ahogado.

—Ha surgido una emergencia —explicó Joe. Ante la mirada penetrante de Amy, Dave se quedó inmóvil en el sitio como un conejo cuando un perro lo detecta. Joe lo empujó hacia la puerta y alargó la mano para abrirla.

—Pero ¿y la cena? —quiso saber Amy.

—Volveremos —dijo Dave desesperadamente con la cabeza vuelta, mientras Joe le hacía cruzar la puerta mosquitera hacia la reducida entrada de hormigón—. En treinta minutos como mucho. Mantenla caliente.

La puerta mosquitera se cerró de golpe. En algún lugar del interior de la casa, el niño empezó a llorar.

—¡Y una mierda! —vociferó Amy desde dentro—. Serás...



Dave encorvó los hombros mientras una retahíla de insultos los seguían hasta la calle. Todavía no estaba totalmente oscuro y había aún bastante gente andando por ahí en aquel barrio de casas cuidadas, situadas a poca distancia unas de otras, que se había construido justo tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Los niños que corrían por el jardín contiguo disparándose pistolas de agua permanecieron ajenos a las sugerencias clasificadas X de Amy sobre lo que Dave podía hacer de ahí en adelante. Pero la pareja mayor de la casa situada al otro lado, sentada en sillas de jardín, pareció sobresaltarse, y la mujer que pasaba en bicicleta con su hijita lanzó una mirada indignada hacia la casa de Dave.

—Madre mía —exclamó Dave al oír cómo el golpe furioso de su puerta principal acababa con la diatriba justo cuando llegaban al coche patrulla de Joe, que estaba estacionado delante. Tras haber saludado débilmente a los vecinos sentados en el jardín y dirigido una muesa de disculpas a la mujer de la bicicleta, rodeó el coche para dirigirse a la puerta del copiloto con el aspecto de una tortuga que hace todo lo posible por meterse dentro del caparazón. Al encontrar la mirada de Joe por encima del automóvil, puso mala cara—. Mujeres. ¿Qué le vamos a hacer? —Luego, en un tono más apesadumbrado, añadió—: Puedes apostar el culo a que me lo va a hacer pagar muy caro.

Joe pensó en decir a su segundo cómo, en su opinión, podía manejar mejor su vida matrimonial, pero recordó justo a tiempo que él no se dedicaba a dar consejos. Para empezar, carecía de energías y, de todos modos, era más fácil no meterse. Dave ya era mayor. Podría averiguarlo él solito. O no.

En cualquier caso, mientras no afectara a su rendimiento laboral, no era asunto suyo.

Entonces observó lo que su segundo seguía llevando puesto.

—Quítate ese maldito delantal, por favor —gruñó, mientras abría la puerta—. Y sube al coche. Tenemos trabajo.

Dave se miró con rapidez, se sonrojó y se peleó un minuto con el lazo torcido que llevaba atado a la espalda antes de lograr quitarse la prenda. Lo arrugó con una mano y se subió al coche. Joe ya estaba sentado al volante. Había puesto el motor en marcha y miraba muy serio a través del parabrisas. En cuanto Dave puso el trasero en el asiento, metió la primera y arrancó en dirección oeste.

Con una rápida mirada hacia atrás, Dave lanzó el delantal a la parte posterior del coche y alargó la mano hacia el cinturón de seguridad. Era evidente que ni se imaginaba que la prenda despreciada había aterrizado al lado de Brian, que sonreía de oreja a oreja mientras se ponía cómodo en el asiento trasero.